

Las salidas a la crisis que vive la Iglesia

José M. Castillo

La Iglesia fracturada

Las divisiones y enfrentamientos, que antiguamente se producían en la Iglesia, solían desembocar no pocas veces en cismas y herejías. Un ejemplo elocuente, en este sentido, son las controversias teológicas que vivieron los cristianos en los siglos IV y V. O, bastantes siglos más tarde, la Reforma protestante del siglo XVI. Lo cual es comprensible. Cuando la cultura dominante era una cultura *religiosa*, las divisiones entre los grupos sociales equivalían a enfrentamientos religiosos que no sólo alcanzaban la importancia de rupturas irreconciliables, sino que además —y sobre todo— quienes eran excluidos de la convivencia y la comunión se veían expulsados a las “tinieblas exteriores”. Y, por eso mismo, rompían la unidad, no sólo social y política, sino ante todo la unidad religiosa. Así estuvieron las cosas hasta finales del siglo XVIII, es decir, hasta que la Ilustración y la Revolución pusieron fin a una etapa: la larga etapa de la cultura religiosa pre-ilustrada.

La Ilustración y la Modernidad acabaron con este estado de cosas. Porque la cultura que se impuso a partir de entonces no es

José M. Castillo (Granada), es teólogo.

ya una cultura religiosa, sino *secular*. Una cultura, por tanto, en la que las divisiones religiosas no se traducen en *herejías* o en *cismas*, que dividen y enfrentan a los grupos políticos y sociales. En la sociedad secular se admite y se tolera, cada día más y más, el pluralismo religioso. Lo cual supone que, en una sociedad determinada, pueden convivir personas y grupos que tienen creencias muy distintas y hasta enfrentadas entre sí, pero no por eso se produce el antiguo fenómeno de la herejía o el cisma. Lo que ahora sucede es que, permaneciendo la sociedad en su unidad política y constitucional, *la Iglesia se fractura* en cuestiones que hacen prácticamente imposible la convivencia de unos cristianos con otros, pero eso sucede de tal manera que unos y otros pueden seguir diciendo que todos se mantienen en la unidad de la fe y en la comunión eclesial. Porque todos saben que, sean cuales sean las creencias que cada uno mantenga en su conciencia, eso no va a tener consecuencias ni en lo político, ni en lo económico, ni en lo social. Hoy se puede negar a Dios, se puede atacar a la Iglesia o al clero, pero no por eso te van a complicar la vida, te van a poner una multa o te van a meter en la cárcel. Si niegas la existencia de Dios o atacas a la Iglesia, podrás cometer un *pecado*, pero no incurres en un *delito*.

Ahora bien, esto ha tenido una consecuencia importante: la Iglesia se mantiene *aparentemente unida*, cuando *en realidad está fracturada*. Porque dentro de ella, entre gentes que todas ellas se confiesan católicas, se han producido fracturas tan profundas que, sin exageración de ningún tipo, podemos afirmar que estamos viviendo un *proceso de descomposición* del catolicismo, que es un proceso más profundo y más destructivo de lo que mucha gente se imagina.

La destructividad de la fractura

Cuando hablamos de asuntos que tocan a las creencias religiosas, es poco menos que imposible separar lo puramente ideológico y abstracto de lo vivencial y concreto. Porque lo uno y lo otro son ingredientes esenciales de la creencia religiosa, de cualquier creencia. De todas maneras, y aun siendo muy verdad

lo que acabo de apuntar, no es menos cierto que las *herejías* de antes se producían por causa de *enfrentamientos doctrinales* que se referían a verdades reveladas, mientras que las *fracturas* de ahora tienen su origen en *problemas vitales* que nos conciernen en asuntos y situaciones concretas de la vida de todos los días. Por poner un ejemplo: durante casi todo el siglo IV, los cristianos discutieron apasionadamente si, en la Trinidad divina, el Hijo era

La Iglesia se mantiene aparentemente unida pero en realidad está fracturada

de la “misma naturaleza” (*homo-oúsios*) que el Padre; o si, más bien, era de “naturaleza semejante” (*homo-ióúsios*) al Padre. Estas dos palabras dieron pie a las dos grandes controversias

teológicas de aquel tiempo, los enfrentamientos con los arrianos y con los semiarrianos¹. Es casi seguro que hoy no se organizaría un enfrentamiento serio y apasionado por semejante motivo.

Los problemas que hoy nos enfrentan y nos dividen se refieren a cuestiones más cercanas a la vida diaria. Cuestiones que nos tocan en el bolsillo, la piel, el bienestar, la seguridad y cosas así. Por eso los enfrentamientos de ahora se refieren más a problemas *morales* que *dogmáticos*. Como es bien sabido, los asuntos que preocupan a la gente, y que enfrentan a políticos y dirigentes religiosos, se refieren a la familia, el sexo, el dinero, la salud, la moralidad pública y privada o la igualdad de derechos de todos los ciudadanos. No hay más que pensar en la crispación que producen los problemas que plantea el matrimonio de los homosexuales, el uso del preservativo, las situaciones que ocasiona la eutanasia, los experimentos con células madre o cuestiones como la financiación de la Iglesia y las clases de religión en la enseñanza pública.

¹ Para una información resumida y documentada sobre estas controversias, cf. H. Küng, *El Cristianismo. Esencia e historia*. Madrid, Trotta, 1997, 192-196.

Estos asuntos desencadenan posturas enfrentadas. Posturas que se fundamentan en convicciones religiosas y filosóficas contrapuestas. De ahí la profunda fractura que cada día divide más y más a los católicos. Pero lo importante aquí está en comprender el enorme peligro que entraña esta fractura. El peligro curiosamente está en que no se trata de herejías que rompen la unidad de la fe en el interior de la Iglesia. Y digo que el peligro está en eso porque, al no estar en juego un asunto, que en la mentalidad de las personas religiosas es tan grave y de tan graves consecuencias como es nada menos que la herejía, mucha gente (empezando por bastantes obispos) no se dan cuenta de que lo que está ocurriendo divide y distancia a las personas y a los grupos humanos bastante más que un asunto doctrinal y puramente especulativo. Si hoy los católicos se pusieran a discutir por doctrinas que pusieran en cuestión el dogma de la Santísima Trinidad, es seguro que el papa y los obispos se asustarían y pondrían todos los medios a su alcance para atajar semejante controversia y el consiguiente peligro para la unidad de la fe. Pero, sorprendentemente, ni el papa ni los obispos cortan con lo que está pasando, sino que más bien (en no pocos casos) lo fomentan. Por eso los dirigentes eclesiásticos producen muchas veces la impresión de que no les inquieta la fractura que hay en la Iglesia. Porque los temas que están en discusión se refieren a cosas de este mundo, por ejemplo los derechos de los homosexuales o de las mujeres. Y seguramente eso explica que muchos clérigos no ven en tales cosas un peligro preocupante para la Iglesia. Porque no ven en esas cosas un peligro para la *la unidad de la fe*. Y no se dan cuenta de que lo que está en peligro es algo mucho más grave: la *unidad de las personas*, cosa que amenaza a la raíz misma de la comunión cristiana. Por más que todos coincidamos en las verdades del “Credo”, si no podemos convivir los unos con los otros, ¿qué Iglesia vamos a tener? ¿Y qué ejemplo le vamos a dar al mundo? Jesús pidió la unidad de los cristianos (no sólo de las ideas) “para que el mundo crea” (Jn 17, 22). Ahora bien, esa unidad hoy está fracturada, se ha roto y cada día que pasa se rompe más.

Precisamente el papa actual, Benedicto XVI, ha expresado su viva preocupación por recuperar la unidad de los cristianos. Por supuesto, al decir eso, el papa está manifestando su interés por la unión de las iglesias, la unidad con ortodoxos, protestantes y anglicanos. Pero, por muy importante y urgente que sea eso, más urgente aún es recuperar la armonía y la convivencia dentro de la Iglesia católica, que se desangra y se rompe por tantos sitios. El problema está en precisar dónde y en qué está la crisis, para poder comprender y saber buscar la solución a este estado de cosas.

El éxodo de los que se van

Las multitudinarias concentraciones de gente —concretamente de jóvenes—, que se han organizado durante el pontificado de Juan Pablo II, sobre todo con motivo de su enfermedad terminal, su muerte y su funeral, han servido, entre otras cosas, para maquillar la crisis más alarmante que hoy sufre la Iglesia. Me refiero a la crisis de tantos católicos que abandonan la Iglesia, que se alejan cada día más de ella y que, antes o después, terminan por no querer saber nada ni del clero, ni de sus verdades y sus normas, ni de cuanto tenga que ver con este solemne tinglado eclesiástico. Los medios de comunicación más adictos a la institución religiosa han repetido insistentemente que nunca el fervor por la Iglesia y por el papa había alcanzado las dimensiones que últimamente se han conseguido. Lo cual responde a algo que es evidente: el despliegue mediático que se ha montado con motivo de la muerte de Juan Pablo II y de la elección de Benedicto XVI, ha sido de unas dimensiones tan fabulosas, que seguramente no hemos presenciado nada semejante en los últimos años. Todo eso, al menos en principio, parece una cosa excelente. Pero entraña un peligro serio, que consiste en que, de esas concentraciones de gente, se puede sacar la conclusión de que la Iglesia no está tan mal, sino que las cosas van mejor de lo que dicen quienes se empeñan en desprestigiar a la Iglesia.

A quienes piensan o dicen lo que acabo de apuntar, yo les aconsejaría que se asomen, cualquier día y a cualquier hora, a la

iglesia que quieran. O que pregunten en cualquier noviciado o en cualquier seminario cuántos novicios/as o seminaristas hay allí. Porque, si el entusiasmo de la juventud por el papa y la Iglesia es tan grande, eso se tendría que notar en la cantidad de jóvenes que van a misa los domingos, que visitan los templos, que se entregan de por vida a la vida sacerdotal o a la vocación religiosa, etcétera. ¿No es extraño que haya tanto entusiasmo en la plaza de San Pedro de Roma y tanto vacío en casi todos los templos, conventos y seminarios?

Podríamos seguir con reflexiones de este tipo. Pero no hace falta. El éxodo masivo, silencioso y creciente de católicos que abandonan la institución religiosa es cada día más alarmante, por mucho que se empeñen los obispos y sus allegados en decirnos lo contrario. No hace mucho, un sacerdote francés me decía que es párroco de cuarenta parroquias. Y en España, ya son demasiados los curas que tienen que decir hasta cinco misas cada fin de semana. Además, con frecuencia, se trata de sacerdotes de más de sesenta años. Esto lo sabe todo el mundo. Y lo peor del caso es que razonablemente se puede temer que, a partir de ahora, este estado de cosas se va a complicar. Porque son muchas, muchísimas, las personas que aún están dentro de la Iglesia, del clero, de la vida religiosa, pero que, a la vista del resultado que ha dado el último cónclave, sienten tentaciones muy fuertes de abandonar la institución en la que todavía siguen, para marcharse de una vez para siempre.

**La gente sigue
creyendo en Dios,
pero cada día cree
menos en la Iglesia**

nos lo contrario. No hace mucho, un sacerdote francés me decía que es párroco de cuarenta parroquias. Y en España, ya son demasiados los curas que tienen que decir hasta cinco misas cada fin de semana. Además, con frecuencia,

se trata de sacerdotes de más de sesenta años. Esto lo sabe todo el mundo. Y lo peor del caso es que razonablemente se puede temer que, a partir de ahora, este estado de cosas se va a complicar. Porque son muchas, muchísimas, las personas que aún están dentro de la Iglesia, del clero, de la vida religiosa, pero que, a la vista del resultado que ha dado el último cónclave, sienten tentaciones muy fuertes de abandonar la institución en la que todavía siguen, para marcharse de una vez para siempre.

Los cardenales que han elegido a Joseph Ratzinger para el Sumo Pontificado y los obispos que se sienten satisfechos con esta designación, todos aquellos que ahora mismo viven con optimismo los comienzos del papado de Benedicto XVI, tendrían que reflexionar seriamente en dos hechos que son bien conocidos: 1) que *la gente sigue creyendo en Dios, pero cada*

día cree menos en la Iglesia. Porque aumenta constantemente el número de personas que viven sus creencias religiosas al margen de toda institución². 2) que *las organizaciones religiosas, por su propia naturaleza o carácter normativo, no pueden seguir manteniendo las formas de control directo o coercitivo que utilizaron en sociedades relativamente simples y con niveles tecnológicos elementales.* Lo que obliga a las organizaciones religiosas a *sustituir los controles directos por la interiorización de valores y el respeto a la diversidad cultural*³. Estos dos hechos están en estrecha relación el uno con el otro. La gente se aleja de la Iglesia (no de las creencias religiosas) porque no soporta ya las formas de control directo o coercitivo que ejerce el clero sobre los fieles. En la cultura moderna y posmoderna, la libertad, la participación y la importancia creciente que adquieren las *relaciones personales*, que se anteponen a las *relaciones institucionales*, son valores a los que la mayor parte de la gente no está dispuesta a renunciar. Ni a que nadie les limite tales valores. Además, con lo que acabo de decir, estoy presentando hechos que, no sólo están a la vista de cualquiera, sino sobre todo que la mayor parte de los ciudadanos viven estas experiencias con intensidad y fuerza. Estaremos o no estaremos de acuerdo con estas cosas. Pero la sociedad y la cultura son como son y no como a nosotros nos gustaría que fuesen.

Ahora bien, es de temer que, en el tiempo que dure el pontificado de Benedicto XVI, el éxodo de gentes que se van a ir de la Iglesia probablemente se va a acrecentar. Porque para nadie es un secreto que este papa es un hombre firme y autoritario, es decir, se trata de una gran personalidad, dotada de una gran inteligencia y de una sólida formación teológica, que ha puesto todo eso al servicio de un modelo de institución que va a ejercer formas de control directo e incluso coercitivo sobre obispos, clero

2 Cf. Millán Arroyo, "Hacia una espiritualidad sin Iglesia", en J. F. Tezanos, *Tendencias en identidades, valores y creencias*. Madrid, Sistema, 2004, 409-436.

3 J. Pérez Vilariño, "Formas complejas de vida religiosa", en Id. (ed.), *Religión y Sociedad en España y los Estados Unidos. Homenaje a Richard A. Schoenher*. Madrid, CIS, 2003, 150.

y fieles, aunque para eso sea necesario echar mano de descalificaciones, prohibiciones y censuras como las que, de hecho, ha puesto en práctica cuando ha sido, durante 23 años, el responsable de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

La pregunta es si, al llegar al sumo pontificado, es decir, si al convertirse de cardenal Ratzinger en el Sumo Pontífice Benedicto XVI, este hombre va a cambiar. Es lo que dicen los hombres de la Curia Romana y, en general, los cardenales que lo han elegido. Por supuesto, a cualquier persona puesta en un cargo de gobierno, hay que concederle el tiempo necesario para que muestre realmente lo que es capaz de hacer y lo que de verdad quiere hacer. Pero, en este caso concreto, hay un dato que da qué pensar. En la homilía de la misa de entronización, en la plaza de San Pedro, Benedicto XVI puso de manifiesto un *pesimismo antropológico* que resulta preocupante. “La humanidad –dijo el nuevo papa–, es la oveja descarriada en el desierto que ya no puede encontrar la senda. El Hijo de Dios no consiente que ocurra esto, no puede abandonar a la humanidad a una situación tan miserable”. Y más adelante el papa insistió de nuevo: “Los hombres vivimos alienados, en las aguas saladas del sufrimiento y de la muerte, en un mar de oscuridad, sin luz. La red del Evangelio nos rescata de las aguas de la muerte y nos lleva al resplandor de Dios, en la vida verdadera”. Esta manera de hablar denota una forma de pensamiento, una manera de ver la vida, la sociedad, la humanidad, que, en definitiva, indica que no se acepta el logro más importante que ha hecho la teología cristiana en el siglo XX. Me refiero a la solución que se le dio al problema teológico del “*sobrenatural*”. Un problema en el que jugaron un papel tan determinante hombres como H. De Lubac, K. Rahner, J. Alfaro⁴. Ahora bien, un teólogo que a estas alturas no tiene resuelto, en su forma de pensar, ese problema y todo lo que lleva consigo, difícilmente puede cambiar a la hora de enfocar la debida solución a cuestiones tan acuciantes y concretas como son,

⁴ Una buena presentación de este problema y su solución, en L. F. Ladaria, *Antropología teológica*. Roma, Università Gregoriana Ed., 1983, 141-170.

por poner algunos ejemplos, los problemas morales, eclesiásticos o sociales de los que tantas veces habla cualquier papa. Sería un milagro que Joseph Ratzinger, investido papa, no siga hablando y actuando como lo ha hecho hasta ahora. Como sería igualmente un verdadero milagro que la gente no siga huyendo de la institución eclesiástica, sus verdades “absolutas”, sus normas minuciosas e incuestionables, sus tomas de posición ante las llagas sangrantes que debilitan, de día en día, el cuerpo de la Iglesia.

¿Qué quiero decir con todo esto? Que los cardenales electores, que participaron en el reciente cónclave, no se dieron cuenta de que la Iglesia no necesita hoy un papa que prologue lo que ha sido el pontificado de Juan Pablo II. Porque, con el estilo papal de Karol Wojtyła, hemos vivido, al mismo tiempo, el

mayor éxito del papado y, en la misma medida, la mayor crisis de la Iglesia.

Ahora bien, los cardenales y los obispos,

que se empeñan en seguir por el mismo camino, lo que van a conseguir es acentuar más la crisis, por más que el papa siga siendo aplaudido en olor de multitudes. Ojalá que nos equivocemos los que pensamos de esta forma.

En cualquier caso y pase lo que pase, no hay quien me quite de la cabeza la profunda verdad que contiene la afirmación del conocido escritor inglés John Cornwell: “cuando el papado crece en importancia a costa del pueblo de Dios, la Iglesia católica decae en influencia moral y espiritual, con detrimento de todos nosotros”⁵.

Benedicto XVI manifestó un preocupante pesimismo antropológico en la homilía de la misa de entronización

5 J. Cornwell, *El Papa de Hitler. La verdadera historia de Pío XII*. Barcelona, Planeta, 2000, 408.

El fundamentalismo de los que se quedan

La historiadora Karen Armstrong, que ha estudiado ampliamente el tema que nos ocupa, ha dicho, con toda la razón del mundo, que “uno de los acontecimientos más alarmantes de finales del siglo XX ha sido el surgimiento, dentro de las tradiciones religiosas más importantes, de movimientos militantes conocidos como “fundamentalismos”⁶. Además, añade esta misma autora, “el fundamentalismo no está limitado a los grandes monoteísmos. Hay otros grupos, como el budista, el hindú e incluso el confuciano, que también rechazan muchos conocimientos de la cultura liberal tan laboriosamente adquiridos, combaten y matan en nombre de la religión y tratan de incorporar lo sagrado en el ámbito de la lucha política nacional”⁷. El hecho es que las religiones han experimentado un indudable auge en los últimos treinta años. Hasta el punto de que hay quienes no dudan en hablar de la “revancha de Dios”, después de la crisis religiosa de los años 60 y 70 del siglo pasado⁸. ¿Qué está ocurriendo? Y sobre todo, ¿qué significa este renacer religioso en forma de manifestaciones y posturas fundamentalistas?

El profesor Juan José Tamayo, que ha estudiado a fondo este asunto, ha dicho que el término “fundamentalista” se aplica a personas creyentes de las distintas religiones, sobre todo judíos ultra-ortodoxos, a musulmanes integristas y a cristianos tradicionalistas. El fenómeno fundamentalista suele darse –aunque no exclusivamente– en sistemas rígidos de creencias religiosas que se sustentan, a su vez, en textos revelados, definiciones dogmáticas y magisterios infalibles. Con todo, no puede decirse que sea consustancial a ellos. Constituye, más bien, una de sus más graves patologías⁹. ¿Por qué?

6 K. Armstrong, *Los orígenes del fundamentalismo en el judaísmo, el cristianismo y el islam*. Barcelona, Tusquets, 2004, 21.

7 *O. c.*, 21.

8 G. Keppel, *La revancha de Dios*, Madrid 1991. Cf. J. A. Estrada, *Imágenes de Dios. La filosofía ante el lenguaje religioso*. Madrid, Trotta, 2003, 56.

9 J. J. Tamayo, *Fundamentalismos y diálogo entre religiones*. Madrid, Trotta, 2004, 74.

El fundamentalismo ha sido definido, seguramente con toda razón, como “*tradición acorralada*”¹⁰. Esta definición, escueta y ajustada, tiene su razón de ser. Fundamentalismo, explica Giddens, no es igual a fanatismo ni a autoritarismo. Los fundamentalistas piden una vuelta a las escrituras o textos básicos, que deben ser leídos de manera literal, y proponen que las doctrinas derivadas de tales lecturas sean aplicadas a la vida social, económica o política. El fundamentalismo da nueva vitalidad e importancia a los guardianes de la tradición. Sólo ellos tienen acceso al *significado exacto* de los textos. El clero u otros intérpretes privilegiados adquieren poder secular y religioso¹¹. Ahora bien, en la medida en que el fundamentalismo se entiende a partir de lo que acabo de decir, en esa misma medida se comprende porqué se puede definir, con todo derecho, como “tradición acorralada”. La cosa se entiende enseguida. Las religiones se han visto fuertemente sacudidas por los cambios rápidos y profundos que el mundo, la sociedad y las distintas culturas vienen experimentando y padeciendo en las últimas décadas. Como es lógico, una situación así, tan convulsa y tan insegura (desde muchos puntos de vista), produce malestar, ansiedad e incluso miedo a las personas y grupos adeptos a lo religioso. Las religiones se han sentido amenazadas. Y seguramente más que ninguna otra, el cristianismo. Desde el siglo XIX hasta nuestros días no han cesado de ponerse en cuestión verdades y normas que los cristianos de siglos pasados consideraron siempre como cosas intocables. Sobre todo, la década de los años 60 del siglo pasado fue demasiado convulsa. Casi todo se puso en duda. Hasta el extremo de hablar en serio de una época “poscristiana”. Y no faltó gente de Iglesia que se atrevió a apropiarse la acera da afirmación de Nietzsche cuando profetizó la “muerte de Dios”. Así las cosas, la reacción ha sido prácticamente inevitable. Muchas personas, que tienen profundos sentimientos reli-

10 A. Giddens, *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid, Taurus, 2000, 61.

11 A. Giddens, *o. c.*, 61.

giosos hondamente arraigados, se han sentido literalmente “acorralladas”, amenazadas, con la sensación de que se les removía la tierra en la que habían pisado toda la vida y en la que siempre se habían sentido seguros. La reacción, perfectamente comprensible en determinadas psicologías y en personas más vulnerables, ha sido *afianzarse en lo que les da seguridad*. Por tanto, afianzarse en verdades incuestionables, en normas concretas y seguras, en prácticas tradicionales y en la sumisión incondicional a líderes religiosos, directores espirituales y catequistas que le quitan al sujeto la responsabilidad de pensar y decidir. He ahí la imagen, con sus aristas bien definidas, de lo que es el fundamentalismo.

El papa Juan Pablo II es un ejemplo elocuente de lo que vengo explicando. El fundamentalismo religioso de Juan Pablo II es la explicación de su éxito mundial. Porque fue un papa que ha dado seguridad a la gente, ha trazado normas concretas y firmes,

Mucha gente no soporta el peso de la libertad y se afianza en lo que da seguridad

y ha sido autoritario e inflexible. Por eso ha sido un papa tan admirado y tan querido. Ha sido un hombre que supo conectar con las carencias y la enorme menesterosidad que hoy sufren miles de gentes. Porque, como está bien demostrado, “la obra maestra del Poder consiste en hacerse

amar”, de forma que “así se propaga la sumisión” que llega a constituirse en “deseo de sumisión”¹². En el fondo, se trata de gentes que no soportan el peso de la libertad. Por eso necesitan un líder autoritario, claro y firme. De ahí, la actualidad palpitante de la máxima que circulaba en el siglo XIII: “El papa es el primero y el maestro de todo (y de todos)”¹³. Además, sabiendo cumplir ese papel con una maestría y una distinción que han pro-

12 P. Legendre, *L'amour du censeur. Essai sur l'ordre dogmatique*. Paris, Seuil, 1974, 5.

13 *Papa princeps et magister omnium*. Citado por P. Legendre, *o.c.*, 69.

vocado el entusiasmo popular. Porque, como ya advertía Pierre Legendre varios años antes de que Karol Wojtyła accediese al Sumo Pontificado, “lejos de ser ese lugar de tiranía en el que prevalece el fantasma, el papa se presenta como servidor, y su propio estatuto jurídico insiste ante todo en esto: que él es el siervo de un sacerdocio supremo, que él está despojado de sus deseos para servir a su tarea de pastor, y que él es la primera víctima de todo esto”¹⁴. Es el programa que ha cumplido al pie de la letra el papa Juan Pablo II.

Y esto mismo es lo que probablemente explica la rápida promoción de Benedicto XVI en el último cónclave. Mucha gente se pregunta, en estos días, cómo se explica que un teólogo progresista, como de hecho fue Joseph Ratzinger en los años del concilio Vaticano II y también en el primer posconcilio, se haya convertido en el cardenal conservador y rígido que ha sido en sus 23 años al frente de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Uno de los hombres que mejor conocen lo que ocurrió en este proceso de transformación, porque lo vivió a su lado, su compañero de cátedra Hans Küng, explica cómo Joseph Ratzinger pudo dar semejante cambio: “de teólogo progresista en Tubinga a Gran Inquisidor en Roma”¹⁵. La culpa de que Ratzinger se despidiera de la universidad de Tubinga la tuvo *la revolución de los estudiantes del 68*, explica Küng. “Más de una vez —cuenta este eminente teólogo—, nos vimos los dos impedidos en nuestras clases por sentadas de gente ajena a la asignatura que protestaba a voces. Lo que para mí —continúa Küng—, quedó sencillamente como una serie de enfados esporádicos, en Ratzinger supuso, a todas luces, un choque duradero. No quería seguir en Tubinga un semestre más. Sobre todo le había afectado profundamente la actuación agitadora de un grupo revolucionario dentro de la parroquia de los estudiantes católicos, que quiso, mediante un nuevo reglamento, que el párroco quedara totalmente subordinado a la asamblea parroquial (a lo que nos opu-

14 P. Legendre, *o.c.*, 72.

15 H. Küng, *Libertad conquistada. Memorias*. Madrid, Trotta, 2003, 589.

simos todos). Desde entonces y hasta el día de hoy Ratzinger le tiene espanto a todos los movimientos ‘de abajo’, sean comunidades de estudiantes, grupos de sacerdotes, movimientos de Iglesia popular o teología de la liberación...”¹⁶.

Todo esto, si se piensa detenidamente, es la clave que explica muchas de las cosas que estamos viendo y viviendo estos días en la Iglesia. Quienes sintonizan de verdad con la cultura y con la sociedad de nuestro tiempo se van de la Iglesia porque no soportan el peso de una institución (la Iglesia) que no acepta ni tolera la *“progresiva sustitución de formas elementales y coercitivas de identidad y pertenencia religiosa por formas más complejas y autónomas de vida religiosa”*¹⁷. Por el contrario, quienes se sienten cada día más incómodos con la cultura y con la sociedad de nuestro tiempo se aferran, como el que se agarra a un clavo ardiendo, a la sumisión incondicional y ciega a un líder religioso que les dicta lo que tienen que pensar y lo que tienen que decidir. De esta manera, y en virtud de este procedimiento, la *sumisión a la autoridad* ha venido a sustituir a la *fidelidad al Evangelio*. Lo determinante, para los integristas en este momento, no es lo que dijo Jesús, sino lo que dice el papa. Y si se acepta lo que dijo Jesús, siempre es sobre la base de la interpretación autorizada y “auténtica” que el papa, el obispo, el confesor o el catequista le dan a las palabras del Señor. Por esto se comprende que, lo mismo en el funeral de Juan Pablo II que en la entronización de Benedicto XVI, el centro de la solemne ceremonia, en ambos casos y tal como lo percibieron los millones de personas que siguieron todo eso por la televisión, no fue Jesucristo, sino el papa difunto, en un caso, o el papa entronizado, en el otro caso. Es decir, lo que la opinión popular de medio mundo percibió en estas dos ocasiones, es que el centro de la Iglesia no es *Jesús y su mensaje*, sino *el papa y sus doctrinas*.

Esto ya, por sí solo, resulta una forma de suplantación que, para cualquier cristiano que tenga las ideas en su sitio, resulta

16 *O.c.*, 590.

17 J. Pérez Vilarriño, *o.c.*, 129.

intolerable. Pero la cosa es más llamativa cuando uno se da cuenta de la parcialidad y hasta la arbitrariedad que se oculta detrás de todo este montaje fundamentalista. En efecto, una de las cosas que más llaman la atención, en el fundamentalismo cristiano, es la coincidencia en los temas que preocupan a los fundamentalistas, lo mismo si son protestantes que católicos. Es bien sabido que esta coincidencia de los movimientos religiosos fundamentalistas, ya sean de matriz protestante o católica, ha sido uno de los pilares sobre los que se ha sustentado el triunfo electoral de Bush para su segundo mandato presidencial. El actual presidente de EE.UU. y sus asesores sabían esto. Y organizaron la campaña electoral teniendo muy en cuenta los postulados de los fundamentalistas religiosos.

La sumisión a la autoridad sustituye a la fidelidad al Evangelio

Entre estos postulados estaban las campañas contra los homosexuales, en contra del aborto y la eutanasia, contra las investigaciones científicas sobre células madre o también contra las reivindicaciones de los movimientos feministas, al tiempo que se advertía en estos grupos una sospechosa permisividad en casi todo lo que toca a determinados escándalos financieros o en cuanto afecta al ejército y la industria armamentista. Y lo curioso es que, en estas cuestiones, se advierte una coincidencia, casi al pie de la letra, entre fundamentalistas protestantes y fundamentalistas católicos.

Por poner un ejemplo: en 1992, Jerry Falwell, un telepredicador bien conocido en USA, anunció que la elección de Bill Clinton para la Casa Blanca era un desastre tan grave que con ello Satanás se había liberado en Estados Unidos. Según Falwell, Clinton pretendía destruir el ejército y la nación al dejar que los gays tomaran el mando. Las órdenes médicas que permitían el aborto en las clínicas financiadas por el gobierno federal, la investigación sobre tejidos fetales y la sanción oficial de

los derechos de los homosexuales eran signos de que Estados Unidos “había declarado la guerra a Dios”¹⁸. Es exactamente el mismo lenguaje apocalíptico que, en los últimos años, venimos oyendo en los ambientes católicos de boca de ciertos prelados, de no pocos sacerdotes y, en algunos casos, de labios del mismo papa.

Por lo demás, si hablamos del ámbito concreto de la Iglesia católica, para nadie es un secreto que durante el pontificado de Juan Pablo II los grupos que han tenido acogida y protección han sido precisamente los movimientos y organizaciones de carácter más marcadamente fundamentalista (Opus Dei, Kikos, Comunión y Liberación, Legionarios de Cristo, etcétera), mientras que las comunidades de base, las comunidades cristianas populares, los grupos feministas y pacifistas, el movimiento “Somos Iglesia”, los defensores de los derechos humanos..., todas esas gentes han sido sencillamente ignoradas, a veces miradas bajo sospecha y en ocasiones abiertamente rechazadas por la Curia, por no pocos obispos y, desde luego, por los fundamentalistas de todo tipo.

El relativismo de los que no se sabe dónde están

Como es lógico, una consecuencia, prácticamente inevitable, de la desorganización religiosa que estamos viviendo es que muchos de los que se van y abandonan la tradicional pertenencia a la Iglesia, se suelen encontrar en una situación en la que, en realidad, no saben exactamente dónde están. Como se ha dicho muy bien, “en los últimos años viene produciéndose —sobre todo en las nuevas generaciones— una pérdida de vigencia de las adscripciones religiosas, no sólo en lo que tienen de sistemas de creencias, sino sobre todo como referencias valorativas, sin que estén siendo sustituidas por otros modelos morales que operen como criterios de orientación para la conducta, per-

18 Susan Harding, “Imagining the Last Days: The Politics of Apocalyptic Language”, en Martin E. Marty y R. Scott Appleby (eds.), *Accounting for Fundamentalisms*. Chicago y Londres, 1994, 75. Citado por K. Armstrong, *o.c.*, 444.

sonal y socialmente”¹⁹. Ahora bien, cuando abundan las gentes que se encuentran en una situación así, el efecto inevitable es que tales personas se ven impulsadas a una especie de “empirismo moral”, en el que todo lo que resulta factible o “gustoso” es considerado, sin más, como legítimo o neutro desde el punto de vista social y personal²⁰.

El resultado inevitable de un estado de cosas, así vivido, es el relativismo que lleva a la aceptación irreflexiva de lo último, de lo nuevo, del momento gratificante que se vive en cada situación. Por supuesto, yo no pienso que este juicio se pueda generalizar indiscriminadamente. Incluso los jóvenes más propensos a dejarse llevar de la seducción del momento, si se profundiza en sus ideas y los valores que rigen sus vidas, por lo general son personas que tienen “sus valores”. Lo que pasa es que, en muchas cosas, tales valores no coinciden con “nuestros valores”, los que tenemos las personas que fuimos educadas en otra mentalidad y en otras costumbres. Por ejemplo, la cultura occidental ha estado, durante siglos, marcada por el criterio según el cual “la pureza, más bien que la justicia, se ha convertido en el medio cardinal de la salvación”²¹. Este criterio no es de matriz cristiana. Viene de la cultura helenista, configurada en esa dirección no desde la época arcaica, sino a partir del siglo V, desde Pitágoras y Empédocles, que tomaron estas ideas, según parece, de los chamanes de las tradiciones religiosas del Norte y de Asia Central²². En todo caso, es evidente que, con el Evangelio en las manos, la justicia es más determinante para la salvación que las ideas sobre la pureza que nos inculcaron los griegos de la cultura helenista. Me parece que esto es importante tenerlo muy presente en este momento.

Y sin embargo, tan cierto como lo que acabo de indicar es que una sociedad a la que se le arrancan los valores religiosos que han configurado el tejido social durante siglos, si esos valores no

19 J. F. Tezanos, *Tendencias en identidades, valores y creencias*. Madrid, Sistema, 2004, 11.

20 *O.c.* 11.

21 E. R. Dodds, *Los griegos y lo irracional*. Madrid, Alianza, 2001, 150.

22 E. R. Dodds, *o.c.* 137-146.

son sustituidos por otros, ese tejido social se desintegra, la convivencia social se hace enormemente difícil, las relaciones humanas se alteran, y seguramente aparecen fenómenos tan alarmantes como la violencia, la xenofobia y la marginación de los más débiles y la descomposición de instituciones tan básicas como son la familia o la religión.

El problema más preocupante, en este estado de cosas, es la pérdida de credibilidad de la Iglesia, concretamente de sus dirigentes, ante los más amplios sectores de la opinión pública. Porque, en una situación así, se hace muy difícil recuperar los valores perdidos y recomponer las instituciones tradicionales que andan a la deriva. De ahí, la importancia y la urgencia de

Una Iglesia fracturada termina siendo una Iglesia sin esperanza

que la Iglesia, como institución donante de sentido en nuestra sociedad, recupere la credibilidad que ha tenido durante siglos, pero que ha perdido, en su tozudo empeño

por favorecer y fomentar los valores que, sobre todo en las últimas décadas, ha promovido activamente el fundamentalismo más integrista.

Por otra parte, no olvidemos que lo que España necesitaba, a partir de la instauración de la democracia, no era derrotar al comunismo (que ya estaba derrotado en este país) y potenciar a la derecha (que siempre ha tenido un fuerte arraigo entre nosotros). Sin embargo, la Iglesia de la transición democrática, que dio la impresión de querer ser Iglesia para todos, a medida que han ido pasando los años, se ha ido venciendo cada vez más y más a la derecha, defendiendo los intereses de una determinada opción política, bajo la apariencia de una pretendida fidelidad a no se sabe exactamente qué mensaje, si el de Jesucristo, el del papa, el del fundamentalismo religioso de matriz protestante o simplemente el mensaje que le dictan sus propios intereses económicos, legales y políticos. Es muy difícil, por no decir

imposible, saber qué es lo que realmente piensan los obispos en cuanto se refiere a esta compleja problemática. Lo más seguro es que ellos están convencidos de que hacen lo que tienen que hacer. El problema está en que ese convencimiento ha nacido y se cultiva dentro de la “burbuja clerical” en la que normalmente viven muchos de nuestros jerarcas religiosos. Pero es claro que, si el sector dominante del clero no rompe la “burbuja” y se pone de verdad a relacionarse con la *España real*, no con la *España clerical*, que muchos eclesiásticos tienen en sus cabezas, va a ser muy difícil (por no decir imposible) que la Iglesia salga de la crisis en que está metida.

Recuperar la unidad y la esperanza

Entre las numerosas dificultades que hoy aquejan a la Iglesia, en el contexto de los profundos cambios culturales y sociales que estamos viviendo, pienso que merecen especial atención dos problemas que, de una manera o de otra, nos afectan a todos. Me refiero a la *división* y a la *desesperanza*. Ya he hablado de la fractura que se ha producido en el interior de la Iglesia. Es lo más preocupante en este momento. Sobre todo, porque una Iglesia fracturada termina siendo una Iglesia sin esperanza. De ahí, la necesidad de decir algo sobre estos acuciantes problemas.

Ante todo, recuperar *la unidad*. Sobre este asunto, lo primero que conviene recordar es que, por lo general, las diferencias suelen traducirse en divisiones. Diferencias, siempre ha habido en la Iglesia. Las hubo desde el primer momento. Y las sigue habiendo ahora. Porque la diversidad es constitutiva de los grupos humanos. Y donde hay diversidad hay diferencias. Pero las diferencias no tienen por qué atentar contra la unidad. En la Iglesia, la unidad se ve amenazada o dañada cuando la autoridad, sobre todo si se trata de la autoridad suprema del papado, toma postura y adopta decisiones que favorecen a unos y marginan o dañan a otros. Por eso, en la Iglesia primitiva, las diferencias no provocaron divisiones ni fracturas, aunque existieron diferencias muy serias. Pedro y Pablo se enfrentaron en público (Gal 2, 11-21). Pablo no pudo convivir con Marcos, lo que pro-

vocó la separación definitiva entre Pablo y Bernabé (Hech 15, 36-41). Por no hablar de las teologías tan diferentes que *de facto* existen en los diversos escritos del Nuevo Testamento. Es probable que este tipo de diferencias e incidentes, si hubieran ocurrido en los tiempos actuales, habrían generado divisiones muy serias. En la primera Iglesia hubo *diferencias*, pero no *divisiones*. Porque no había una autoridad que convirtiera las diferencias en divisiones. Es decir, porque en aquella Iglesia *el ejercicio del poder no estaba concentrado en un solo hombre*, como lo está ahora.

Benedicto XVI empieza su pontificado en una Iglesia *fracturada*, es decir, *dividida*. Este papa, como excelente teólogo que es, sabe muy bien que la razón de ser del papado en la Iglesia está, ante todo, en que el sucesor de Pedro es “principio perpetuo y fundamento visible de la unidad” (*perpetuum unitatis principium ac visibile fundamentum*)²³. De ahí la preocupación que este papa ha mostrado desde el primer momento por recuperar la unidad de los cristianos. Lo que ocurre es que las cosas se han puesto de tal manera en la Iglesia que, con frecuencia, existen diferencias más profundas entre unos católicos y otros que entre determinados católicos y determinados protestantes. Sin ir más lejos, a mí mismo me ocurre que leo con más gusto y sintonizo más fácilmente con no pocos libros de teología protestante que con algunos libros que escriben teólogos católicos. Y tengo la fundada sospecha de que esto mismo les ocurre a cientos y miles de católicos en todo el mundo. Por eso pienso que la primera tarea del papa actual no es unir a los católicos con los protestantes y los ortodoxos, sino de unir a los católicos entre sí.

Ahora bien, aquí tropezamos con un problema extremadamente delicado. La comunión en la Iglesia es tarea de todos, también del papa. Porque se trata de que “*todos sean uno*” (Jn 17, 21). No se trata de que *todos coincidan con uno*. Eso no está dicho en ninguna parte. Por tanto, la comunión (insisto en ello) es tarea también del papa. Es decir, no se trata solamente de que

23 Constitución dogmática *Pastor aeternus*, del concilio Vaticano I. Proemio. DS 3051.

los cristianos estemos en comunión con el papa, sino que es también necesario que *el papa esté en comunión con los cristianos*, con todos los cristianos, no sólo con aquellos que coinciden con sus puntos de vista, sus preferencias personales o sus tradiciones culturales. Esto quiere decir que nadie, en la Iglesia, puede anteponer sus ideas o sus inclinaciones a la comunión en la fe. Como es lógico, este peligro lo tenemos todos. Pero es importante caer en la cuenta de que este peligro aumenta en la misma medida que aumenta la categoría o el puesto que una persona ocupa en el gobierno de la Iglesia. Porque un hombre, al que se le confiere una misión de vigilancia sobre la fe de los demás, tiene el peligro de confundir sus ideas teológicas personales con lo que se debe imponer a todos como elemento básico e indispensable de la fe que nos une a todos los creyentes en Jesucristo. Como es lógico y humanamente comprensible, este peligro se intensifica cuando el hombre concreto al que ponen en un cargo importante, es un teólogo de reconocida fama y de trayectoria segura y firme. Es el caso, exactamente, del cardenal Ratzinger. Y aquí viene bien recordar lo que él mismo escribió cuando, en un libro bien conocido, explicó el Credo de la Iglesia. “El hombre, dijo el papa actual, posee la fe como símbolo, como parte separada e incompleta que sólo puede encontrar su unidad y totalidad *en su unión con los demás* (el subrayado es mío): en el *symballein*, en la unión con los demás es donde únicamente puede realizar el hombre el *symballein*, la unión con Dios. La fe exige la unidad, pide co-creyentes, está por esencia orientada a la Iglesia”²⁴. Al recordar estas cosas, no se trata de insinuar que el papa no tiene una misión privilegiada y única como fundamento de la unidad en la fe. Eso no se puede poner en duda, ni se puede cuestionar. Lo que quiero dejar claro es que, precisamente para cumplir con esa misión de fundamento de unidad en la fe, para eso el hombre concreto que ejerce el cargo de papa tiene que renunciar a determinados puntos de vista que son estrictamente personales, para así poder coincidir con tantas personas que, en cuestiones

24 J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*. Salamanca, Sígueme, 1969, 73.

que no son de fe (porque no están en la revelación divina ni están definidas), piensan de manera distinta y, puesto que aceptan la fe de la Iglesia, han de ser aceptadas en la comunión de todos, sin preferencias hacia unos con detrimento de otros. En la Iglesia nadie se debe ver discriminado, si no es porque niega la fe que es (o debe ser) común a todos.

Y, por último, recuperar *la esperanza*. Porque son muchos los cristianos que la han perdido. No me refiero sólo a la esperanza última, la que nos hace esperar una vida definitiva, después de esta vida. Me refiero, ante todo, a la *esperanza histórica*. Especialmente, la esperanza que, como creyentes en Jesucristo, debemos tener en el futuro de la Iglesia. Y también en el futuro de nuestras instituciones y de cada uno de nosotros. Porque, sobre todo los que somos mayores, tenemos el peligro de caer en la resignación del que no ve otro futuro para el resto de sus días que el triste futuro del que se ve marginado en una Iglesia que tendría que ser el hogar común para todos. Además, son muchos los mediocres que ahora se sienten envalentonados con el nombramiento del nuevo papa. Porque piensan que sus ideas han triunfado definitivamente, como definitivamente han marginado a quienes no piensan como ellos.

Todo esto no es bueno. Y nos hace daño a todos. Así cunde el desaliento, se fractura aún más la unidad y, sin poder remediarlo, somos muchos los que tenemos la impresión de que la Iglesia se aleja cada día más de la cultura y de la sociedad en que vivimos. Porque palpamos que el papado, tal como se ha ido configurando en el largo pontificado de Juan Pablo II, es visto de tal manera que, curiosamente (como ya indiqué antes), llena de gente las plazas cuando aparece el papa, al tiempo que las iglesias están tan vacías como vacíos están los seminarios, las parroquias, los conventos, los noviciados. ¿Qué futuro le espera a la Iglesia en los años que pueda durar el pontificado de Benedicto XVI? No olvidemos que está emergiendo con fuerza una nueva cultura. No olvidemos tampoco que la Iglesia, hasta ahora, no ha conectado con esta nueva cultura. ¿Será capaz el nuevo papa de lograr esa conexión tan urgente y necesaria? Como se ha dicho

ya muchas veces, hay que dar tiempo a este hombre para ver cómo orienta las cosas. En todo caso, confieso que, yo al menos, tengo mi esperanza puesta, no en el papa, sino en el Espíritu de Dios. Lo que pasa es que, como sabemos por la experiencia histórica, el Espíritu de Jesús no siempre interviene en la historia humana a través de la Iglesia, sino a veces al margen de la Iglesia y, en ocasiones, incluso en contra de determinadas orientaciones humanas (en el peor sentido de este calificativo) que han asumido los dirigentes eclesiásticos. Quedan, pues, las preguntas abiertas. Sobre todo, una pregunta que ahora mismo parece fundamental: ¿será este papado el final de una etapa? Me refiero a la etapa en la que *la Iglesia ha sido lo que ha sido el papa que la ha gobernado*. La larga etapa que tiene sus orígenes en Gregorio VII (s. XI), que se acentúa con los grandes papas del medioevo, Inocencio III y Bonifacio VIII, y que alcanza sus representantes más destacados en la llamada por Karl Rahner “época piana” (Pío IX, Pío X, Pío XI y Pío XII), con el remate triunfal de Juan Pablo II. Hay razones para sospechar que la elección del cardenal Ratzinger ha sido la última vuelta de tuerca que el aparato eclesial podía dar en su intento por prolongar semejante estado de cosas. ¿Se puede llegar más lejos en el intento de “restauración” de un pasado que ya no va a volver? El futuro nos dará la respuesta. En cualquier caso, siempre queda en pie la esperanza que sostiene en nosotros el Espíritu del Señor.